CELSO LUCIO y MARIANO MUZAS
y César Tomé

os pensionistas

PASILLO EN PROSA

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
NUÑEZ DE BALBOA 12
MADRID
LIBRERIA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

A mis queridos tíos Eduardo, Blanca, Julio y primos Angeles, Federico y Teresa

Cesar

LOS PENSIONISTAS

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
4618

28 Ene.º 904

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS PENSIONISTAS

PASILLO EN PROSA

ORIGINAL DE

Celso Lucio y Mariano Muzas

Estrenado en el TEATRO ESLAVA el 24 de Diciembre de 1903

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1904

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA BÁRBARA, 50 años.....	Sra. Díaz.
DOÑA BELÉN, 35 ídem.....	Mesa.
DOÑA CONSUELITO, 22 ídem.....	Srta. Quijada.
CLOTILDE, 18 ídem.....	Baró.
DOÑA ANGUSTIAS, 55 ídem.....	Royo.
ROSITA, 16 ídem.....	Miralles.
QUINTANILLA, 55 ídem..	Sr. Viñas.
DON CARMELO, 60 ídem....	Camacho.
DON ANÍBAL, 65 ídem....	Iglesias.
DON CÁNDIDO, 66 ídem.....	Balsalobre
PAQUITO, 20 ídem...	Peral.
LUIS, 20 ídem.....	Martín.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO UNICO

La escena se halla dividida en dos partes. La de la izquierda, representa el despacho de un habilitado de clases pasivas. Una puerta al foro. A la derecha, otra puerta que comunica con la otra parte de la escena. A la izquierda un balcón. Delante de éste, una mesa de escritorio y una butaca puesta de modo que la persona que en ella se siente, dé la cara á la puerta de la derecha. A la derecha de la puerta del foro, una librería con libros y legajos. Sobre la mesa, una carpeta, recado de escribir, un montón de fes de vida, otro de oficios y otro de recibos, y un número de «El Imparcial». Sillas, etc. La parte de la derecha representa un antedespacho. Una puerta al foro. A la derecha una mampara con un letrero que dice: «Caja». A la izquierda otra puerta que es la que sirve para poner en comunicación ambas habitaciones. Sobre dicha puerta se lee otro letrero que dice: «Despacho del Sr. Habilitado». A la derecha de la puerta del foro, una mesa pequeña de escritorio con recado de escribir y una carpeta. Detrás de la mesa, una silla, y en la pared, una percha. Sillas... etc.

ESCENA PRIMERA

CLOTILDE sentada junto la mesa del antedespacho con una pluma en la mano y un retrato sobre la mesa, en actitud de meditar. Pausa

¡Vaya, no se me ocurre nada! Es más difícil de lo que parece poner dedicatoria á un retrato para el novio. En fin, volveré á meditar... ¡Ah! Como Rodrigo es ciclista, ningu-

725600

guna dedicatoria le agradará tanto como esta: «Al rey del ciclismo, su cariñosa campeona.» Manos á la obra. (Escribiendo.) «Al rey del...»

ESCENA II

DICHA y DOÑA BÁRBARA, por el foro

BÁRB. ¿Qué haces?
CLOL ¡Ay! (Cogiendo el retrato y ocultándole.)
BÁRB. ¿Qué es eso?
CLOT. Nada... no es nada, mamá.
BÁRB. Tráelo. (Bruscamente.)
CLOT. Pero...
BÁRB. Que me lo dés, he dicho. (Arrebatándole el retrato.)
CLOT. (¡Pobre de mí!)
BÁRB. (Leyendo.) «Al rey del...» Ya puedes decir á ese rei... noceronte, que si le veo rondar por delante de los balcones, le tiro un tiesto, y tú, ya sabes, mañana al pueblo con tus tíos. (Guarda el retrato en un bolsillo.)
CLOT. (Llorando.) Pero...
BÁRB. Ya te he dicho que no quiero noviajos.

ESCENA III

DICHAS y QUINTANILLA, por el foro con capa

QUIN. Muy buenos días.
BÁRB. ¡Pues estamos frescos!
QUIN. Sí, señora; demasiado frescos; casi glaciales. (Cuelga la capa y el sombrero en la percha y se queda de chaquet.) ¿Por qué llora Clotildita?
CLOT. Porque soy muy des...gra ..ciada.
QUIN. ¿Qué?
BÁRB. ¿Querrá usted creer que la mosquita muerta se permite ya dedicar su retrato á un novio?... (Dándole el retrato.)

QUIN. (Coge el retrato y lee.) «Al rey del...» (¡Caracoles! ¿Será don Tancredo su novio?)

BÁRB. Ya ve usted. La hija de uno de los primeros habilitados de Clases pasivas, dando su amor al último camueso que se presente.

CLOT. No es camueso.

QUIN. Es el rey del... valor.

BÁRB. ¿Aun te atreves?... ¡Insolente!

QUIN. Pues doña Bárbara, con la franqueza que me caracteriza, diré á usted, que á mí me parece muy natural.

BÁRB. No señor. Yo á su edad, si algún joven me miraba con insistencia, ¿sabe usted lo que hacía?

QUIN. (¡Alguna barbaridad!)

BÁRB Le volvía la espalda ó le enseñaba la lengua.

QUIN. (¿No lo dije?)

BÁRB. Así es que, hasta que Bruno se declaró á mí, cuando ya era yo una mujer hecha y derecha, jamás hombre alguno se atrevió á decirme buenos ojos tienes.

QUIN. (Lo creo.) Sosiéguese usted, doña Bárbara, que no es para tanto. ¿Y don Bruno?

BÁRB. Ha ido á ver al Director de clases pasivas.

QUIN. ¿Hoy que es día de pago?

BÁRB. Hasta que él vuelva, usted hará sus veces y cuidará de que los clientes firmen las fes de vida y los recibos.

QUIN. Sí, señora.

BARB. Voy por ellos. (Pasa al despacho y coge las fes de vida, los recibos y los oficios que hay sobre la mesa y vuelve con todo al antedespacho.)

CLOT. (Llorando.) ¿Ve usted que... des... gra... ciada soy?

QUIN. No te apures, mujer, todo se arreglará.

CLOT. ¿Cómo?

QUIN. No lo sé; pero yo te aseguro que te casarás con él.

CLOT. ¿Sí?

QUIN. Naturalmente.

BÁRB (Pasa al antedespacho y deja sobre la mesa las fes de vida, los recibos y los oficios en tres montones separados.) Aquí está todo.

QUIN. Perfectamente.

BÁRB. Voy á dar órdenes al cajero. (A Clotilde.) Tú, al gabinete, que allí voy yo en seguida. (Vase por la derecha.)

ESCENA IV

QUINTANILLA y CLOTILDE

QUIN. Basta de lágrimas, pues con llorar no adelantarás más que estropearte los ojos.

CLOT. Es que mamá es capaz de cumplir su promesa.

QUIN. ¿Qué ha prometido?

CLOT. Tirar un tiesto á Rodrigo en cuanto le vea rondarme, y mandarme á mí con mis tíos al pueblo. (Llorando.)

QUIN. ¡Bah! No hagas caso. Dice el refrán: «Perro ladrador no es mordedor,» y á tu mamá le sucede eso; ladra... digo... chilla, pero nada más.

CLOT. Sí, pero papá...

QUIN. Otro perro ladrador.

CLOT. Lo que más me ha indignado, es que le llame camueso, siendo tan guapo y de tanto talento.

QUIN. ¿Sí?

CLOT. ¡Ya lo creo! Como que es poeta. Mire usted que versos tan bonitos me dió ayer en las Calatravas. (Saca un papel del bolsillo.)

QUIN. (Cogiendo el papel.) Veamos.
(Lee.)

«Todas, las noches, niña,
sueño contigo,
porque tu imagen llevo
siempre conmigo.
Yo te bendigo,
y de entusiasmo á veces
no sé qué digo.
Y si Dios me concede
lo que persigo,
muy prontito tu esposo
será Rodrigo.»

(Eche usted higos.)

CLOT. ¿Verdad que son bonitos? Eso no puede salir de un camueso.

QUIN. No; si acaso de una higuera.

CLOT ¿Por qué dice usted eso?

QUIN. Porque me parece que abusa mucho del consonante. Hay mucho higo.

CLOT. Pues ahí está el mérito precisamente. Tengo otros, también preciosos, que acaban todos en uva.

QUIN. (Por lo visto es un poeta frutal.)

CLOT. Y además de poeta es campeón... Como si digéramos, el rey de los ciclistas.

QUIN. ¿De manera que lo mismo maneja el pedal que la lira?

CLOT Sí.

QUIN. (Con los pies.)

CLOT. Y por si esto era poco, es además sobrino de un ministro.

QUIN. ¡Demonio! Por lo visto ese joven no tiene desperdicio.

CLOT. No, señor; no lo tiene.

QUIN. ¿Y cómo siendo tan buen partido se oponen tus papás?

CLOT Porque no saben lo del parentesco. ¿No ve usted que cuando voy á hablarles de mi novio se ponen hechos unos basiliscos?

QUIN. ¿Y cómo es el apellido de ese joven?

CLOT. Regúlez.

QUIN. (Con júbilo.) ¿Regúlez? ¿De modo que es sobrino del ministro de la Gobernación?

CLOT Sí.

QUIN. Es decir, ya no es de Gobernación, porque ha habido crisis y... Pero, ven acá, Clotildita; tú podías hacerme un favor inmenso, inmensísimo; uno de esos favores que son la salvación de un hombre.

CLOT. ¿Cómo?

QUIN. Con sólo abrir la boca y hacer que la abra después tu joven adorador.

CLOT. Bueno. Y cuando tengamos los dos la boca abierta, ¿qué hacemos?

QUIN. Me explicaré. Es el caso que después de veinte años de servicios al Estado, llegué á oficial quinto, con cuyo sueldo de mil qui-

nientas pesetitas, me consideraba yo feliz; pero hete aquí que á poquito de ascender, cae el ministerio y... ¡catapúm! me caí yo también.

CLOT. ¿Sería usted político?

QUIN. Nada de eso No hay hombre más impolítico que yo. De esto hace diez años largos, larguísimos; pero, ¿qué duda tiene que me repondrían si ese inspiradísimo joven me recomendase á su tío?

CLOT. ¿Y cómo le digo yo?... Mamá me ha impedido verlo, y, además, ha prohibido á las criadas que me traigan y lleven cartas.

QUIN. ¿Sí? Pues yo me encargo de vuestra correspondencia. (Reflexionando.) Lo malo es si el demonio hace que se enteren tus papás y me ponen de patitas en la calle.

CLOT. ¿Cómo van á sospechar que sea usted capaz de hacer semejante papel?

QUIN. Es verdad. (Tampoco yo lo creía.) En fin, es tan pequeña la retribución que me da tu papá, que estoy decidido á todo. Nunca tengo un céntimo, Clotildita.

CLOT. (¡Pobrecillo!) Pues yo en prueba de agradecimiento... no se ofenda usted... pero voy á romper la hucha y á darle cinco duros que guardo en ella.

QUIN. (Con dignidad cómica.) No: de ninguna manera.

CLOT. Pues yo digo que sí; ahora mismo voy y la rompo.

QUIN. ¡Que no, eal No la rompas; dámelos con hucha y todo.

CLOT. Y á Rodrigo voy á decirle que pida á su tío un destino de primera para usted.

QUIN. Conque me lo dé de cuarta, me conformo.

CLOT. Voy á terminar la carta que tengo empezada. (Coge una carta y un sobre que abrá dentro de la carpeta que hay sobre la mesa.) ¿Dónde me esconderé para acabarla?

QUIN. Yo lo sé. (La habla al oído.)

CLOT. (Riéndose.) Pero...

QUIN. Es el escritorio más seguro para estos casos. Toma un lápiz. (Le da un lápiz que saca del bolsillo.)

CLOT. (Cogiendo el lápiz.) Vamos allá.

QUIN. Da recuerdos al de los higos. (Vase Clotilde por el foro.)

ESCENA V

QUINTANILLA; al final DOÑA BÁRBARA

QUIN. Ea, Quintanilla, ya estás convertido en la doña Brígida de estos dos jóvenes amantes. Pero, ¡qué diantre! logre yo mis propósitos, y lo demás son pamplinas. (Registrándose los bolsillos del chaquet.) A ver si me queda alguna nota expresando mis méritos y servicios. (Saca un papel y lee.) «Quintín Quintanilla, oficial quin...» Esta es.

BÁRB. (Saliendo por la derecha.) Ya es la hora de despacho. Yo me voy al gabinete. Hasta luego, Quintanilla.

QUIN. Vaya usted con Dios, doña Bárbara. (Vase doña Bárbara por la izquierda y luego por el foro del despacho.)

ESCENA VI

QUINTANILLA; luego CLOTILDE

QUIN. ¡Qué mujer más antipática!

CLOT. (Por el foro del antedespacho.) Tome usted lo prometido. (Le da una hucha con monedas.)

QUIN. (Cogiendo la hucha y sonándola) Mil gracias. (Me parece mentira.)

CLOT. La carta. (Dándole una carta.) Va usted en ella recomendado.

QUIN. (Cogiendo la carta.) Pero que muchísimas gracias, Clotildita. ¿Dónde la he de llevar?

CLOT. A ningún lado. Como todas las mañanas va mi novio al Pardo en bicicleta, á la vuelta pasa por aquí, se para en la bocacalle de enfrente y me avisa con dos toques de bocina. De modo que cuando oiga usted pí, pí...

QUIN. Salgo pitando.

CLOT. Eso es.

QUIN. ¿Pero tus papás saben que Regúlez es ciclista?

CLOT. Sí; eso y que se llama Rodrigo, es lo único que saben... Me cogieron una carta suya un día y... ¡Ah! También me hará usted el favor de darle este rizo. (Sacando una trenza de pelo del bolsillo.)

QUIN. ¡Caracoles! ¿A eso le llamas rizo? (Si parece una manga de riego.)

BÁRB. (Dentro.) ¡Clotilde!

CLOT. ¡Virgen Santísima! ¡Mamá! (Muy azorada echa la trenza á Quintanilla.) Tome usted.

QUIN. No; luego me la darás. (Se la echa á Clotilde.)

CLOT. Por Dios, que no la vea. (Vuelve á echarle la trenza y vase corriendo por la izquierda y luego por el foro del despacho.)

QUIN. Bien. ¿Dónde meto yo este ricito?

BÁRB. (Dentro. Más cerca.) ¡Clotilde!

QUIN. (Guardando con grandes apuros la trenza en un bolsillo del faldón del chaquet, dejando fuera un extremo, en el que habrá atado un lazo.) No va á caber.

ESCENA VII

QUINTANILLA y DOÑA BÁRBARA

BÁRB. (Por el foro del antedespacho.) ¿Dónde está mi hija?

QUIN. No sé.

BÁRB. La he buscado por toda la casa y por ninguna parte la veo el pelo.

QUIN. (Como que le tengo yo en el bolsillo. (Notando que ha quedado el extremo de la trenza fuera del bolsillo.) ¡Ay! Que no se le vea) ¡Ah! ya sé dónde está. Hace un momento ha pasado por aquí hacia el gabinete.

BÁRB. Voy á ver. (Vase por la izquierda y luego por el foro del despacho.)

ESCENA VIII

QUINTANILLA; luego DOÑA CONSUELITO, muy elegante, por el foro del antedespacho

QUIN. ¡Si me llega á ver la trenza me luzco!

CONS. (Saliendo.) Muy buenos días, Quintanilla.

QUIN. (Ya empieza la oficina.) ¡Dichosos los ojos que la ven á usted, doña Consuelito.

CONS. ¿Qué quiere usted? Treinta y cinco pesetas de pensión no merecen que una se moleste en venir por ellas todos los meses. Vengo cada trimestre y así cojo de una vez ciento cinco pesetas... veintiún duritos. Por supuesto, ni con las treinta y cinco, ni con las ciento cinco tengo para empezar. Ya ve usted, hoy tengo que pagar quince duros de un sombrero que he comprado. ¿Qué me queda para comer todo un trimestre?

QUIN. Seis duros.

CONS. ¿Quiere usted decirme qué voy á comer?

QUIN. Alpiste.

CONS. Ni más ni menos. Y gracias á que yo soy muy económica, y que todo lo aprovecho y escatimo hasta un céntimo.

QUIN. (Ya se ve.)

CONS. Si no... ¡pobre de mí!

QUIN. Pues al verla tan elegante nadie creería que cobra usted tan poco.

CONS. Es verdad; pero todo el busilis está en saber gastar el dinero. ¡La economía, Quintanilla! Esta es la base de todo. Si todas las mujeres fuesen tan dispuestas como yo, otra cosa sería. A mí me da usted un pingo, una cinta y un lazo, y ¡trás! le hago á usted un vestido; me da usted un casquete viejo, una pluma y una flor, y ¡trás! le hago a usted un sombrero, me da usted...

QUIN. (Atajándola.) Un retalito y tres botones y ¡trás! me hace usted un terno.

CONS. No, señor; porque no soy sastra. Pero corpiños, camisas, pantalones, y sobrefaldas, las que usted quiera.

QUIN. Gracias; yo no uso esas prendas.

CONS. ¿Ve usted? Todo es cuestión de economía.

QUIN. Sí, sí, economía. (¿Cómo llamará esta señora á la sin vergüencería?)

CONS. Pues ahí tiene usted, soy tonta; porque si quisiera casarme, tengo los hombres así. (Reuniendo los dedos de la mano.) En fin, voy por la calle y no me dejan ni respirar. «Adiós, bonita. Bendito sea su garbo. ¡Olé las hechuras provocativas! Me la comía á usted...» Porque hay algunos que parecen antropófagos. Y yo más seria que un juez en funciones. Porque usted no sabe lo formal que soy yo.

QUIN. Sí, señora.

CONS. No, señor, no lo sabe usted.

QUIN. Bueno, pues no lo sé.

CONS. ¡Los hombres! ¡Buenos están los hombres! No ha habido más que uno bueno: mi difunto marido. Los demás todos son unos perros.

QUIN. Gracias por la parte que me toca.

CONS. Usted no es hombre.

QUIN. ¿Cómo que no no? Le advierto á usted que yo...

CONS. ¿Usted qué?... (Mirándole picarescamente.)

QUIN. (Mirándola fijamente y con picardía, da un suspiro muy hondo y muy expresivo.) ¡Ay!...

CONS. ¡Já, já, já! (Ríe.) Deme usted á firmar mis fes de vida y mis recibos del trimestre vencido.

QUIN. (Buscando en el montón de las fes de vida las de doña Consuelito.) Decir que yo no soy hombre... Tome usted las fes. (Le da tres fes, que doña Consuelito firma. En tanto Quintanilla busca los recibos.)

CONS. ¿Va usted á ofenderse conmigo?

QUIN. Con usted no puede ofenderse nadie, so preciosa, so pedazo de gloria, so...

CONS. Sosiéguese usted.

QUIN. Ahí van los recibos. (Le da tres recibos que doña Consuelito firma.) ¡Ay! (Dando otro suspiro como el

anterior.) Si se dejase uno llevar de las intenciones...

CONS. Vaya, que se alivie usted, Quintanilla. ¡Já, já, já! (Vase por la derecha con los recibos.)

ESCENA IX

QUINTANILLA; luego DON CARMELO

QUIN. Luego dicen que en Madrid no se puede vivir con poco sueldo. ¿No se ha de poder vivir? Divinamente, sí, señor: todo es cuestión de economía: doña Consuelito es un ejemplo .. Eso sí, hay que ser viuda con circunstancias. (Muy triste.) Porque lo que es los viudos... naranjas de la China.

CAR. (Saliendo.) Aquí estoy yo.

QUIN. ¡Don Carmelo!

CAR. Vengo descuajado. Acabo de ver una mujer... ¡qué mujer!... Con decirle á usted que he tenido que agarrarme á una reja para no caerme...

QUIN. ¿Tan buena era?

CAR. Le digo á usted que ya no hay más.

QUIN. Pues va usted á ver ahora otra que... yo no sé dónde tendrá usted que agarrarse.

CAR. ¿Dónde está?

QUIN. Ahora saldrá.

ESCENA X

DICHO y DOÑA ANGUSTIAS. Luego DOÑA CONSUELITO

ANG. (Por el foro.) ¿Se puede?

QUIN. Adelante.

ANG. Con permiso. (Se sienta en una silla.)

CAR. (Bajo á Quintanilla.) ¿Esta no será?

QUIN. ¡Qué ha de ser!

ANG. ¡Ay, Dios mío! (Muy compongida.)

CAR. Pero, ¿dónde está esa mujer?

QUIN. Tenga usted calma.

CONS. (Saliendo por la derecha.) Ea, ya cobré.

QUIN. Esta es. (Bajo á don Carmelo.)

ANG. ¡Ay, Jesús! (Don Carmelo, siempre que suspira doña Angustias, la mira con extrañeza.)

CAR. (A doña Consuelito.) Si yo fuese Director de Clases pasivas, le señalaba á usted otra pensión por simpática y hermosa.

CONS. Muchas gracias. (¡Mira el vejete!) ¡Já, já, já! Ea, de aquí á un trimestre, Quintanilla... Digo, no, que tengo que volver luego á hacer una pregunta á don Bruno sobre un asunto que me han recomendado. Conque hasta luego.

CAR. Vaya usted con Dios, infanta, princesa, reina, sultana...

CONS. ¡Já, já, já! (Vase por el foro, riéndose.)

ESCENA XI

DICHOS menos DOÑA CONSUELITO

QUIN. ¡Pero qué enamorado es usted!

CAR. ¡Somos!

QUIN. Eso es... somos.

CAR. ¡Ay, si usted supiera!... Todas las noches, sin faltar una, me tiene usted en alguno de esos salones donde se cultiva el género ínfimo.

QUIN. ¿Qué género es ese?

CAR. Un género que...

ANG. ¡Ay, San José bendito!

CAR. Hay unas mujeres... Hay unos *couplés*... Hay unos bailes...

ANG. ¡Ay... Virgen mía!

CAR. (Bajo á Quintanilla.) (Esta mujer va á acabar por entristecernos.) Señora, pase usted á cobrar, que yo no tengo prisa.

ANG. Gracias.... (A Quintanilla.) Quieto, quieto; no se moleste usted. (Busca su fe de vida y su recibo, lo firma y vase con éste por la derecha.)

ESCENA XII

QUINTANILLA y DON CARMELO. Al final DOÑA ANGUSTIAS

CAR. ¡Qué mujer!

QUIN. Es una viuda que siempre está en un ¡ay!

CAR. ¡Claro! Estará sola, no tendrá hijos.

QUIN. Diez y siete nada más.

CAR. ¡Qué atrocidad!

QUIN. Pero decía usted que en esos salones hay unas mujeres...

CAR. ¡De buten! Y, ¡cantan de una manera!

QUIN. Sí, ¿eh? (Frotándose las manos.)

CAR. Pues, ¿y los bailes? ¿No ha visto usted bailar á la bella Bebé, ni á la hermosa Finfán, ni á la estrella Mimí?

QUIN. ¡Yo qué he de ver!

CAR. Pues no ha visto usted cosa buena. Bailan sevillanas, boleros, tangos... pero ¡qué tangos! (Trata de bailar un tango, moviendo mucho y muy cómicamente los brazos y las piernas.) Hacen así. . Y luego así... Y luego dan una vuelta haciendo así... (Da una vuelta, tratando de imitar el baile, y se cae.)

QUIN. ¡Já, já, já! ¡Gracioso! ¡Graciosísimo! Me tiene usted que llevar á ver uno de esos salones.

CAR. Sí, señor, le llevaré para que se derrita. Lo que más le va á llamar á usted la atención es el pachá Bumbún.

QUIN. ¿Qué pachá es ese?

CAR. Otro baile. Pero... ¡qué baile! Todo el mérito está aquí. (Dándose una palmotada en el vientre.)

QUIN. ¿En la digestión?

CAR. No, señor, en la dislocación; porque aquello es el disloque. Es una cosa así. (Imita el baile que se llama pachá Bumbún.)

ANG. (Saliendo por la derecha.) ¡Ay! (Reparando en el baile de don Carmelo.) (¡Qué tiempos aquellos!)

CAR. Eso digo yo: ¡Ay!

QUIN. ¡Já, já, já! (Con retintín.) Vaya usted con Dios, doña Angustias. ¡Já, já, já! (Vase doña Angustias por el foro.)

ESCENA XIII

QUINTANILLA y DON CARMELO

QUIN. Yo tengo que ir á ver eso. ¡Já, já, já, já!

CAR. Ya le he dicho á usted que yo le convido.

QUIN. ¡Já, já, já!

CAR. Bueno, mientras acaba usted de reirse, yo voy á echar un cigarrito con el cajero. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

QUINTANILLA. Luego DOÑA BELÉN; más tarde DON CARMELO

QUIN. ¡Já, já, já! Este don Carmelo es el mismísimo demonio. Primero así.. luego así... y por último una vuelta así. (Tratando de imitar el tango que bailó don Carmelo. Sale doña Belén á tiempo de ver la danza que se trae Quintanilla, y se para á mirarle.)

BEL. Pero, ¿qué hase usté, Quintanilla?

QUIN. ¡Nada... ya lo ve usted! estoy sacudiendo un mosquito. (¡Vaya una plancha! ¡Me ha visto!)

BEL. Yo creí que le había tocado á usté la lotería y que lo estaba selebrando bailándose una miajita.

QUIN. No, señora. Para bailar está el tiempo.

BEL. ¿Y don Bruno?

QUIN. Está en Clases pasivas.

BEL. ¿Pero tardará? (Oyese una bocina.)

QUIN. (¡Regúlez!) (Va corriendo al balcón que hay en el despacho, quedándose doña Belén sorprendida al ver la huida repentina de Quintanilla.)

BEL. ¡Ave María Purísima! ¡Este hombre esta loco!

QUIN. (Alto y como insultando hacia la calle.) ¡Maldita sea tu estampa! Es un simón indecente. ¡Llevar bocina un simón! (Hacia la calle, alto.) ¡Presumido!

CAR. (Saliendo por la derecha) (¡Zapateta! ¡Qué mujer!) Buenos días.

BEL. Felises. (A Quintanilla, que sale por la izquierda.) ¿Qué le ha pasado á usté?

QUIN. Nada.

CAR. ¿Quién es esta? (Bajo á Quintanilla.)

QUIN. Una coronela viuda.

BEL. ¿Tardará mucho en volver don Bruno?

QUIN. No lo sé. (Se va junto á la mesa, y durante el diálogo siguiente, se ocupa en arreglar los papeles que hay sobre dicho mueble.)

BEL. Esperaré un ratiyo.

CAR. No puede usted negar que es de la tierra de María Santísima.

BEL. ¿Es usted adivino? (En son de burla)

CAR. Soy manchego. ¿por qué lo decía usted?

BEL. Porque, ca-i, casi, lo ha asertado usté. Yo me he criado en Cadi; pero mi cuna fué el Cid.

CAR. ¿El Cid Camprado?

BEL. ¿Quiere usted callar? El Cid es un trasatlántico en el que me dió á luz mi mamá regresando de Cuba.

QUIN. De modo y manera que ha nacido usted en el mar.

CAR. Como el coral y las perlas.

BEL. (¡Qué fino!) ¡Já, já, já! (Riendo con coquetería.) Nasí á la vera de Puerto Rico, por consiguiente soy...

CAR. Porto... riquísima.

BEL. ¡Qué grasioso!

CAR. ¿Estuvo usted mucho tiempo casada?

BELÉN Ocho años. Me casé á los ventidos y llevo tres de viuda.

CAR. (Tiene treinta y tres.)

BELÉN Ya usté ve, el mes que viene cumplo los veintiocho...

QUIN. (Qué bien resta.)

BELÉN No me quito un día.

CAR. (Después de reflexionar.) (Un día, no; cinco años.) ¿Y tiene usted niños?

BELÉN Tengo un sietemesino de seis años que da gloria verlo. El pobresito nasió á consecuensia de un ataque.

ESCENA XIII

QUINTANILLA y DON CARMELO

QUIN. Yo tengo que ir á ver eso. ¡Já, já, já, já!

CAR. Ya le he dicho á usted que yo le convido.

QUIN. ¡Já, já, já!

CAR. Bueno, mientras acaba usted de reirse, yo voy á echar un cigarrito con el cajero. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

QUINTANILLA. Luego DOÑA BELÉN; más tarde DON CARMELO

QUIN. ¡Já, já, já! Este don Carmelo es el mismísimo demonio. Primero así.. luego así... y por último una vuelta así. (Tratando de imitar el tango que bailó don Carmelo. Sale doña Belén á tiempo de ver la danza que se trae Quintanilla, y se para á mirarle.)

BEL. Pero, ¿qué hase usté, Quintanilla?

QUIN. ¡Nada... ya lo ve usted! estoy sacudiendo un mosquito. (¡Vaya una plancha! ¡Me ha visto!)

BEL. Yo creí que le había tocado á usté la lotería y que lo estaba selebrando bailándose una miajita.

QUIN. No, señora. Para bailar está el tiempo.

BEL. ¿Y don Bruno?

QUIN. Está en Clases pasivas.

BEL. ¿Pero tardará? (Oyese una bocina.)

QUIN. (¡Regúlez!) (Va corriendo al balcón que hay en el despacho, quedándose doña Belén sorprendida al ver la huida repentina de Quintanilla.)

BEL. ¡Ave María Purísima! ¡Este hombre esta loco!

QUIN. (Alto y como insultando hacia la calle.) ¡Maldita sea tu estampa! Es un simón indecente. ¡Llevar bocina un simón! (Hacia la calle, alto.) ¡Presumido!

CAR. (Saliendo por la derecha) (¡Zapateta! ¡Qué mujer!) Buenos días.

BEL. Felises. (A Quintanilla, que sale por la izquierda.) ¿Qué le ha pasado á usté?

QUIN. Nada.

CAR. ¿Quién es esta? (Bajo á Quintanilla.)

QUIN. Una coronela viuda.

BEL. ¿Tardará mucho en volver don Bruno?

QUIN. No lo sé. (Se va junto á la mesa, y durante el diálogo siguiente, se ocupa en arreglar los papeles que hay sobre dicho mueble.)

BEL. Esperaré un ratiyo.

CAR. No puede usted negar que es de la tierra de María Santísima.

BEL. ¿Es usted adivino? (En son de burla)

CAR. Soy manchego. ¿por qué lo decía usted?

BEL. Porque, ca-i, casi, lo ha asertado usté. Yo me he criado en Cadi; pero mi cuna fué el Cid.

CAR. ¿El Cid Camprado?

BEL. ¿Quiere usted callar? El Cid es un trasatlántico en el que me dió á luz mi mamá regresando de Cuba.

QUIN. De modo y manera que ha nacido usted en el mar.

CAR. Como el coral y las perlas.

BEL. (¡Qué fino!) ¡Já, já, já! (Riendo con coquetería.) Nasí á la vera de Puerto Rico, por consiguiente soy...

CAR. Porto... riquísima.

BEL. ¡Qué grasioso!

CAR. ¿Estuvo usted mucho tiempo casada?

BELÉN Ocho años. Me casé á los ventidos y llevo tres de viuda.

CAR. (Tiene treinta y tres)

BELÉN Ya usté ve, el mes que viene cumplo los veintiocho...

QUIN. (Qué bien resta.)

BELÉN No me quito un día.

CAR. (Después de reflexionar.) (Un día, no; cinco años.) ¿Y tiene usted niños?

BELÉN Tengo un sietemesino de seis años que da gloria verlo. El pobresito nasió á consecuensia de un ataque.

CAR. ¿De un ataque?

BELÉN De nervios... Un susto espantoso que me dio Cabrera.

CAR. ¿El célebre cabecilla carlista?

BELÉN ¿Quiere usted callar? ¿O es que se ha creído usté que soy contemporánea de la Cuesta de la Vega? Cabrera fué un asistente muy liberal que tuvo mi esposo, que se llamaba así.

CAR. Bueno, ¿y el susto que fué?

BELÉN Que una noche que las tropas estaban acuarteladas por yo no sé que jaleo, entra Cabrera en mi gabinete y me dise: hay un gran fuego... No oí más. Yo creí que se había entablado la lucha entre el pueblo y la tropa, y que mi marido se hallaba en el jollín... y ¡ay, que me pongo mala! ¡ay, que me pongo mala! me da un patatús... ¡y arsa! Felipín que vino al mundo.

QUIN. ¿Felipín es el gomoso?

BELÉN ¿Cómo el gomoso?

QUIN. Quiero decir el sietemesino.

BELÉN Sí, señor.

CAR. ¿Y el fuego?

BELÉN Era en un pajar de los Cuatro Caminos. Nosotros vivíamos en el Pacífico, conque eche usted...

CAR. Sí, eche usté manga para llevar el agua de un extremo á otro de Madrid. ¡Qué atrocidad! ¿Y Cabrera? (Oyese la bocina.)

QUIN. ¡Ahí está! (Vase corriendo al balcón del despacho.)

CAR. ¿Qué dice este hombre?

BELÉN ¡Josú! No gana una para sustos. Yo creo que este pobre Quintanilla ha perdido la rasón.

QUIN. (En el balcón.) Ahora es un automóvil. (Se dirige al antedespacho.)

CAR. (Abriendo la puerta de la izquierda.) Pero, ¿qué le pasa á usted, Quintanilla?

QUIN. (Pasando al antedespacho.) Nada.

BELÉN Hijo, con tanto ir y venir parese usté un perro buscando al amo. Bueno. (A Quintanilla.) Yo tengo que hablar con usté reservadamente.

QUIN. Hable usted. (¿Qué será?)

BÉLÉN (A don Carmelo.) Con permiso. (Bajo á Quintanilla.) Vengo á pedir más dinero.

QUIN. Cobró usted ayer.

BELÉN Pero como don Bruno es tan amable conmigo, vengo á ver si me adelanta la mensualidad; ando algo apuradilla y...

QUIN. Yo no sé si don Bruno estará dispuesto á adelantarle á usted más dinero. En fin, pase usted al despacho si quiere esperarle. (Abriendo la puerta de la izquierda.)

BELÉN Pasaré, sí; confío en don Bruno. ¡Ah! Nesesito mi sédula. Hase dos meses la dejé aquí olvidada y...

QUIN. Sí, en la carpeta la he visto. (Pasa al despacho doña Belén.) Don Carmelo, (Con retintín.) pase usted aquí también á esperar á don Bruno. (Bajo á don Carmelo.) Ande usted con ella que es una viuda que admite varas.

CAR. Vamos allá. (Pasan al despacho don Carmelo y Quintanilla.)

QUIN. (A doña Belén.) Voy á darle á usted su cédula. (La busca en la carpeta que hay sobre la mesa.)

BELÉN ¡Josú! ¡Cómo se le cae á usté el pelo!

QUIN. ¿Eh?... (Echándose rápidamente las manos á los bolsillos del faldón.)

BELÉN Se le pueden contar los poquitos que le quedan.

QUIN. ¡Ah, sí! (¡Qué susto me ha dado! ¡Creí que se me veía la trenza!)

ESCENA XV

DICHOS y DON ANÍBAL

ANÍBAL (Por el foro del antedespacho.) ¿Se puede? ¡Ah! No hay nadie... ¿A qué puerta acudiré?... (Leyendo los letreros,) «Caja.» «Despacho del señor habilitado.» Aquí.

QUIN. Tome usted su cédula.

BELÉN Grasias.

ANÍBAL (Entreabriendo la puerta de la izquierda.) ¿Se puede?

QUIN. ¿Quién? (Se levanta y se dirige hacia el antedespacho.)

ANÍBAL (Pausa.) ¿Se puede?

QUIN. (Muy alto.) ¿Quién?

ANÍBAL (Parece que no hay nadie.) (Abre la puerta y se asoma.)

QUIN. ¿Qué desea usted? (Pasa al antedespacho. Don Carmelo y doña Belén hablan muy animados.)

ANÍBAL ¿Cómo?

QUIN. ¿Qué se le ofrece?

ANÍBAL ¿Don Bruno Gómez?

QUIN. Sí, señor; aquí es.

ANÍBAL ¿Que si se puede ver á don Bruno?

QUIN. (Muy fuerte.) No está en casa; pero es lo mismo. Diga usted.

ANÍBAL Bien. Yo me llamo don Aníbal Ruiz, soy natural de Colmenar de Oreja.

QUIN. (No lo parece.)

ANÍBAL Y como jubilado que soy, vengo á ver si quiere el señor Gómez encargarse de cobrar mis haberes. Me he disgustado con mi habilitado y...

QUIN. Con mucho gusto.

ANÍBAL Soy un poco sordo.

QUIN. (Aparte.) Querrás decir una tapia. (Alto.) Que sí señor.

ANÍBAL Bueno. (Quintanilla se sienta á la mesa y hace señas á don Aníbal para que se acerque.)

QUIN. ¿Dónde prestó usted servicios?

ANÍBAL ¿Que si tengo vicios? (¿Qué le importará?)

QUIN. (Este hombre es un tarugo.) ¿Que dónde ha servido usted?

ANÍBAL Ultimamente en la Audiencia de la Habana. (Tomando nota de las contestaciones de don Anibal.)

QUIN. ¿Era usted magistrado?

ANÍBAL Era oidor.

QUIN. (¡Atiza!) Nadie lo diría. (Fuerte y al oído.)

ANÍBAL ¿Qué?

QUIN. Nada. (Es un sordo que atonta.)

ANÍBAL Durante el tiempo que desempeñé este cargo, tuve que intervenir en las causas más ruidosas.

QUIN. (Alto.) Pues ni por esas las oirías. (Yo no le

hablo mas. Que le hable en alemán. ¿Quién-
nestel espera a don Bernardo?

ANTONIO. Sí, señor.

QUIN. Pase usted. (Cerrando la puerta de la izquierda.)

ANTONIO. ¿Qué?

QUIN. Que pase usted. (Empujándole.)

ANTONIO. Gracias. (Sale al momento. Después le saludan a los Quintanillas y a toda Bruna, haciendo una reverencia, se marcha y se oyen bromas.)

ESCENA XVI

(QUINTANILLA, luego DON CLEMENTE, LUIS y BOSETA.)

QUIN. Vaya un oficial. Desempeñaría bien el cargo.

CLEM. (A Luis y Boseta que vienen detrás de él.) Pasad por aquí, niños.

LUIS (Saludando con Bruna.) Ya sabemos, ya.

CLEM. Esperar aquí nuevo. Siempre Elisa, Quintanilla. (Luis y Boseta se sientan y hablan muy cuchicheando.)

QUIN. Muy bueno.

CLEM. Ya sabrá usted que hay crisis ministerial.

QUIN. ¿No lo he de saber? Toda la prensa de la mañana da noticia de la solución.

CLEM. ¿Me da usted mi sombrero?

QUIN. Sí, señor. (Le busca.)

CLEM. (Sonriendo.) (Bajando.) Vaguemos Luis. ¡Que nervioso estoy!

QUIN. Aquí está. (Dándole su sombrero.)

CLEM. (Saludando a todos.) Los hombres sin dinero. ¡Ji! Hagamos usted el favor de enseñar una sonrisa a estos jóvenes. Los enamorados no deben estar sin algún testigo de risa. ¡Je, je, je! Vamos que se marcha.

ESCENA XVII

(DOÑA MARIA, DON CLEMENTE.)

QUIN. ¿Por qué me habrá mandado a mi esse señor? Lo que es por mí ya pueden los niños hacer lo que les de la gana. (Con mucha risa.)

LUIS Me tienes atolondradito.

ROS. Y tú á mí atolondradita.

QUIN. (Valiente par de percebes.) (Don Aníbal ronca muy fuerte.)

BELÉN ¡Qué atrocidad! (Aludiendo á los ronquidos de don Aníbal. Don Carmelo hace con la boca ese ruido que hacen los arrieros para arrear á las bestias, y que también suele hacerse para evitar que ronquen las personas cuando duermen.) Cada vez ronca mas fuerte.

CAR. Ya verá usted cómo se despierta ahora. (Deja caer una silla produciendo algún estrépito. Don Aníbal ronca más fuerte.)

BELÉN Ni por esas. ¡Valiente murga! Ni el canario más sonoro. Yo no sigo aquí; renunsio á esperar á don Bruno. Vendré más tarde.

CAR. Y yo. (Esta mujer me ha trastornado.)

BELÉN (Saliendo al antedespacho. A Quintanilla que se pasea nerviosamente á lo ancho del antedespacho.) No espero más, Quintanilla.

CAR. Nos vamos.

QUIN. ¿Cómo es eso?

BELÉN Un señor que ha entrado, se ha quedado dormido y ronca de una manera que parese una carraca.

CAR. Y hemos hecho ruido para despertarle. . y nada...

BELÉN Como si le arrulláramos.

QUIN. ¡Claro! Como que es sordo.

CAR. Ya decía yo...

BELÉN Por eso no se oye. Ea, pues ahí se queda el pobresito. ¿Se viene usted, don Carmelo?

CAR. ¡Ya lo creo! (Cualquier día te suelto yo.)

BELÉN Hasta luego, Quintanilla.

QUIN. (A don Carmelo.) Que no se olvide usted de mí. Ya sabe usted... (Baila dos pasos de tango.) Y lo de... (Imita el baile pachá Bumbún.)

CAR. ¡Iremos, iremos!

QUIN. ¡Já, já, já! (Vanse don Carmelo y doña Belén por el foro.)

ESCENA XVIII

QUINTANILLA, LUIS, ROSITA, DON ANÍBAL; luego DON CÁNDIDO

LUIS .Te digo, Rosita, que me tienes atolondradito.

ROS. Y tú á mí atolondradita.

QUIN. (¡Pero qué niños más bobos.) (Oyese la bocina.) Ahí está Regúlez. (Vase precipitadamente por la izquierda. Ronca don Aníbal.) ¡Horror! ¡Ah! Es el oidor. (Se asoma al balcón.) No veo ningún ciclista. ¿Habrá pasado de largo? Esperaré por si vuelve á pasar.

CÁND. (Por la derecha.) ¡Cómo! (Alarmadísimo al ver solos á Rosita y Luis.) ¿Solos? ¿Dónde está Quintanilla?

ROS. Ha entrado en esa habitación.

CÁND (Abre muy incomodado la puerta de la izquierda. A Quintanilla.) Oiga usted.

QUIN. ¿Qué?

CÁND ¿No le he dicho á usted que cuidara de los niños?

QUIN. Bueno. ¿Y qué?

CÁND. Que los ha dejado usted solos.

QUIN. ¿Ha creído usted que yo soy alguna niñera?

CÁND He creído que está usted aquí para servir al público.

QUIN. ¡Magras!

CÁND. ¡Insolente!

QUIN. ¡Majadero!

CÁND. ¡Mamarracho!

QUIN. ¡Necio!

CÁND. ¿Sí? Luego vendré á decir á don Bruno que es usted un grosero que no sabe tratar á los clientes. (Quintanilla hace un ademán despreciativo. Don Cándido cierra la puerta de golpe y mira la hora en su reloj. Alarmadísimo.) ¡Jesús! Más de cinco minutos solos. (Incomodado.) Vamos, niños.

ROS. Vamos.

LUIS Monina. (Bajo.)

ROS. Monín. (Idem. Vanse los tres por el foro.)

ESCENA XIX

QUINTANILLA y DON ANÍBAL

QUIN. ¡Habráse visto!... (Aludiendo á los ronquidos que da don Aníbal.) ¡Aprieta! Se conoce que la bulla le adormece... Duerme, duerme. Yo en tanto voy á ver si pasa Rodriguito. (Vuelve á asomarse al balcón.)

ESCENA XX

DICHOS y PAQUITO en traje de ciclista, por el foro del antedespacho

PAQ. (Pausa.) ¡Qué solitario está esto! (Mira la hora en su reloj.) ¡Las once y media! He tardado desde Leganés veintinueve minutos, y eso que sólo me he caído cuatro veces. Y á todo esto no sé á lo que vengo. Don Inocencio me dió esta carta, yo monté en la bicicleta, salí disparado y no oí lo que me decía. La carta lo dirá. Me enteraré. (Saca la carta del sobre y lee.) «Señor don Bruno Gómez. Muy señor mío: el portador de la presente es hijo del alcalde de Leganés, y ruego á usted le dé las instrucciones y la carta que me tiene ofrecida para el director de Clases pasivas. Suyo afectísimo, Inocencio.» De manera que es una carta é instrucciones lo que me tienen que dar. Bueno.

QUIN. (Nada, no le veo.) (Sale del balcón y se dirige hacia el antedespacho.) Ya tocará la bocina, si vuelve á pasar. (Sale al antedespacho.)

PAQ. ¿Por dónde andará la gente de esta casa? (A Quintanilla.) Servidor de usted.

QUIN. (¡Cómo! ¡Un ciclista!) ¿Es usted el que ha tocado la bocina hace un momento?

PAQ. Sí, señor.

QUIN. (¡El! ¡Regúlez!) ¿Dónde ha dejado usted la bicicleta?

PAQ. En el portal.

QUIN. Le esperaba á usted con impaciencia.

PAQ. ¿Quién?

QUIN. Yo.

PAQ. ¿Es usted don Bruno?

QUIN. No, yo no soy el padre.

PAQ. ¿Entonces... es usted el hijo? (Muy viejo debe ser don Bruno.)

QUIN. No, hombre, no. Don Bruno sólo tiene una hija: Clotildita, ¡so tunarra! Sé á lo que viene usted.

PAQ. ¿Entonces tendrá usted instrucciones.

QUIN. Terminantes, sí, señor, muy terminantes. Tengo aquí una carta para usted.

PAQ. Sí, ya sé. (La del director de Clases pasivas.)

QUIN. Y tengo otra cosa. (Saeando la trenza.) Miré usted. (Enseñándole la trenza y dándole con ella cariñosamente en el hombro.)

ANÍBAL (Despertándose.) ¡Aaaah! No tarda poco este señor. Pasearé, porque si no me voy á quedar dormido. (Se levanta y se pasea.)

QUIN. Lo que me extraña, es que se haya usted atrevido á subir.

BÁRB. (Dentro.) ¡Quintanilla!

QUIN. (¡Huy! ¡Doña Bárbara!) Tome usted la carta, mi nota y el ricito. (Le da todo lo que dice.)

PAQ. (Cogiéndolo.) Pero...

QUIN. Calle usted y entre en el despacho.

PAQ. Es que...

QUIN. (Entrándole á empujones en el despacho.) Vamos, hombre, entre usted y no me comprometa. (Cuando Paquito está dentro del despacho Quintanilla cierra la puerta.)

PAQ. (¿Qué lío será este? ¿Por quién me ha tomado á mí este hombre? (Viendo á don Aníbal.) ¡Ah! Este debe ser don Bruno.) (Se saludan ambos, haciéndose una revereneia, y después hablan. Don Aníbal hace grandes esfuerzos para oirle llevándose á las orejas las manos y poniéndolas en forma de tornavoz.)

ESCENA XXI

DICHOS y DOÑA BÁRBARA, por el foro del antedespacho

BÁRB. ¿No ha oído usted que le llamba?

QUIN. No, señora.

BÁRB. Cualquiera diaría que se ha quedado usted sordo. Voy á entrar en el despacho á coger el periódico.

QUIN. ¡No!

BÁRB. ¿Por qué?

QUIN. Pues... (Azorado.)

BÁRB. ¿Hay gente?

QUIN. Sí... eso es... hay mucha gente, y ya sabe usted que no le gusta á don Bruno que se entre en el despacho cuando hay alguien esperando.

BÁRB. Es verdad. Pues venga usted, que tengo que darle nuevas órdenes.

QUIN. (De buena me he librado.) (Vanse por el foro doña Bárbara y Quintanilla.)

ESCENA XXII

PAQUITO y DON ANÍBAL

ANÍBAL Nada, no le oigo á usted ni palabra.

PAQ. Pues tome usted esta carta; en ella viene explicado el asunto que me trae. (Le da la carta.)

ANÍBAL (Leyéndola.) «Señor don Bruno Gómez. Muy señor mío...» ¿Es que quiere usted que se la lea?

PAQ. No, señor.

ANÍBAL ¿Cómo?...

PAQ. (Muy fuerte.) Que no. ¿No es usted don Bruno?

ANÍBAL No le oigo.

PAQ. (Pues que te hable el nuncio.)

ANÍBAL ¿Qué?

PAQ. (Que me alegro de verte bueno.)

ANÍBAL Nada, no le oigo á usted ni jota.

Paq. (Por supuesto, esta pared maestra no debe ser don Bruno, porque si fuera él no estaría con el sombrero y el bastón en las manos. Debe ser otro que espera.)

ESCENA XXIII

DICHOS y QUINTANILLA

Quin. (Por el foro abre la puerta de la izquierda y llama a don Aníbal.) Venga usted. (Sale al mueblespacho Don Aníbal, a él al lado, y frente.) Acabo de saber que don Bruno vendrá muy tarde. Vuelva usted luego á mañana.

Aníbal. ¿Cómo?

Quin. Con este hombre es imposible entenderse: hay que hablarle á tiros. (Pasa al despacho. Don Aníbal se queda como estupefacto.)

Quin. (A Paquito que está fumando leyendo el periódico.) Joven, váyase usted, si no quiere perderse y perderme.

Paq. (Dejando el periódico.) No, yo no me voy de aquí sin ver al dueño de la casa.

Quin. Mire usted que lo hago por su bien. Vamos, venga usted. (Le sigue amigosamente de la mano y le saca al mueblespacho.)

Paq. (Ya en el mueblespacho.) Pero, ¿á dónde vamos?

Quin. Á la calle.

Paq. He dicho que no.

Quin. Sí, hombre, sí, salga usted. (Tirando de él hacia la puerta del foro. Paquito cae en sentido contrario.)

Aníbal. Pero yo, ¿qué hago?

Quin. (Fuerte.) Volver mañana.

Aníbal. ¿Qué?

Quin. (Más fuerte.) Mañana. (Sin dejar de tener de Paquito.)

ESCENA XXIV

DICHOS, DOÑA BÁRBARA y CLOTILDE por el foro del antedespacho

BÁRB. ¿Qué voces son esas?
QUIN. (¡Tabló!)
BÁRB. ¿Qué pasa?
QUIN. Este señor, que no oye.
BÁRB. ¿Y este joven?
PAQ. Yo deseo ver á don Bruno.
BÁRB. Soy su señora. (1)
QUIN. (Me caí.)
BÁRB. ¿Qué desea usted?
PAQ. Entregarle esta carta. (Le da una carta de las que tiene en la mano.)
BÁRB. (Coge la carta y lee.) («Rodriguito de mi alma.» ¿Qué significa esto?) ¡Ah! Ya sé quién es usted; el joven que pasa pitando con la bicicleta.
QUIN. ¡Cómo! ¿Este joven es el rey del... valor?
BÁRB. Este joven es el ca... mueso que pretende casarse con mi hija.
PAQ. ¿Qué?
CLOT. ¿Cómo?
BARB. ¿Quién le ha dado á usted esta carta? (Le da la carta.)
PAQ. (Después de leerla para sí.) Esta carta me la ha dado este señor.
QUIN. (Rezando.) (Padre nuestro, que estás en los cielos..)
CLOT. Te advierto, mamá, que yo no conozco á este joven.
PAQ. Ni yo á esta señorita.
BÁRB. No les sirven á ustedes los disimulos. (Arrebatándole á Paquito la trenza.) ¿Qué mayor prueba? ¿Quién le ha dado á usted esta trenza?
PAQ. También este señor.
QUIN. (Dios te salve María...)
BÁRB. (A Quintanilla.) ¿Luego usted protegía estos amores?

---

(1) Clotilde, don Aníbal, doña Bárbara, Paquito y Quintanilla.

QUIN. (Creo en Dios padre...)

PAQ ¿Qué amores? Yo vengo de Leganés á lo que dice esta otra carta. (Dándosela.)

BÁRB. (Coge la carta y lee.) «Muy señor mío: el portador de la presente...» (Sigue leyendo bajo.) Luego, ¿no es usted Rodriguito?

PAQ. No, señora.

QUIN. ¿De modo que no es usted Regúlez, el sobrino del ministro?

PAQ No, señor.

BÁRB. Pero, ¿qué dice usted? (1)

QUIN. Sí, señora; ha de saber usted que el pretendiente de Clotilde es sobrino del gran Regúlez (Oyese la bocina)

CLOT Ese es mi novio. Ahí está.

BÁRB. Pero, hija, ¿por qué no me los has dicho? ¡Un sobrino del ministro de la Gobernación! Llámale, dile que suba.

QUIN. No; ya no es ministro de la Gobernación.

BÁRB. ¿Qué? Niña, ven aquí; no le llames.

QUIN. Ha habido crisis y Regúlez ha pasado á Hacienda.

BÁRB. ¿Ministro de Hacienda? (Con admiración.) Pero, mujer, ¿qué haces?... Llámale á escape.

PAQ. ¡Gracias á Dios que nos hemos entendido!

QUIN. Usted ha tenido la culpa de mi equivocación. ¿Por qué me tomó usted la carta? ¿Por qué me tomó usted... el pelo?

ESCENA ULTIMA

DICHOS, DOÑA CONSUELITO; luego DON CARMELO con DOÑA BELÉN

CONS. (Por el foro del antedespacho.) ¿Vino don Bruno?

QUIN. No, señora.

BÁRB. Pero no tardará.

CAR. (Saliendo con doña Belén. Muy contento.) Señores, traigo un notición. (2)

---

(1) Don Aníbal, Clotilde, doña Bárbara, Quintanilla y Paquito.

(2) Don Aníbal, Clotilde, doña Bárbara, doña Consuelito, don Carmelo, doña Belén, Quintanilla y Paquito.

BELÉN (Muy contenta.) Estamos de enhorabuena.

CONS. ¿Qué pasa?

CAR. Acabo de encontrarme á un diputado de la mayoría que es amigo íntimo del ministro de Hacienda...

QUIN. (Atajándole.) ¿De Regúlez?

CAR. Sí; y me ha dicho que el nuevo ministro está dispuesto á presentar un proyecto de ley pidiendo la supresión del descuento á las clases pasivas. ¡Viva Regúlez!

CONS.
QUIN. } ¡Viva!
BELÉN

CLOT. (Saliendo al antedespacho.) Ya sube.

CER. ¿Quién?

CLOT. Mi novio.

QUIN. (Con mucha solemnidad.) ¡Un sobrino del incomparable é insuperable Regúlez!

BÁRB. El nuevo ministro de Hacienda, tío futuro de Clotildita, casi pariente nuestro.

CAR. Recibámosle con todos los honores.

QUIN. Tocando la Marcha Real.

CONS. ¡Magnífica idea! (Se forman en dos filas junto á la puerta del foro. Pausa.)

QUIN. Esperad.
(Al público.)

Antes de esta recepción
con música y con honores.
pidamos á estos señores
que nos den su aprobación.

TELON

OBRAS DE CELSO LUCIO

A vista de pájaro.
El gorro frigio.
Boulanger.
Un vaso de agua.
Calderón.
Pan de flor.
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Claveles dobles.
Los secuestradores.
Los aparecidos.
El Gran Capitán.
Vía libre.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
Pepito (parodia de *Juan José*).
El príncipe heredero.
Las malas lenguas.
La marcha de Cádiz.
Los bandidos.
El juicio del año.
Los conejos.
El pobre diablo.
Los camarones.
La guardia amarilla.
¿Cytrato?... ¡De ver será!
El último chulo.
¡A cuarto y á dos!...
El escalo.
María de los Ángeles.
Una estrella.
Juan y Manuela.
Los cuatro palos.
Fresa de Aranjuez.
Los pensionistas.

OBRAS DE MARIANO MUZAS

mordisco, juguete cómico en un acto, en prosa.
ble suicidio, juguete cómico-lírico en un acto, en prosa (1).
hijo del casero, juguete cómico en un acto, en prosa.
rfiles matemáticos, extravagancia cómico-lírica, en un acto, en prosa y verso (1).
s caramelos, juguete cómico en un acto, en prosa.
afeita, corta y riza el pelo, juguete cómico en un acto, en verso.
esa de Aranjuez, juguete cómico en un acto, en prosa (1).
s pensionistas, juguete cómico en un acto, en prosa (1).

---

(1) En colaboración.

Los ejemplares de esta obra se ha
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudule
todo ejemplar que carezca del sello
la *Sociedad de Autores Españoles.*